

UN PRIMERO DE ABRIL

CUENTO DE HUGO EDUARDO DIAZ

Las décadas de los años cuarenta y cincuenta, del siglo pasado, por supuesto, fue quizás más que otras, un período de grandes zozobras para la gente de trabajo para la gente modesta de Chile.

La sucesión de gobiernos opresores y represivos de las libertades individuales causaba grandes y masivas protestas de los sindicatos y de la población, las cuales eran combatidas brutalmente por las fuerzas policiales, todo conforme a lo dispuesto en la Ley de Defensa de la Democracia, vigente en el país.

El desempleo como siempre, como una latente plaga y los bajos salarios y la carestía, obligaba a la gente a exigir a los gobiernos, mediante grandes concentraciones públicas, a cumplir con los acuerdos tantas veces incumplidos.

El ejército de desempleados y los trabajadores mal remunerados, los abusos de los patrones, el incumplimiento de las leyes laborales, eran los incentivos que impulsaba a la gente a salir a las calles a gritar por más justicia y por más pan.

Jesús, el carabinero novato, cubriendo su conciencia por la vergüenza que sentía, había sido vencido por el llanto de sus hijos y la rogatoria de su mujer y optado por tratar de ingresar al cuerpo de carabineros, para subsanar su largo tiempo sin poder encontrar un empleo. Aunque ya no era un chiporrito en estos quehaceres policiales, pues ya habían transcurrido cerca de dieciocho meses desde esos días cuando salió por primera vez a la calle a lucir el uniforme de representante del estado de derecho, cada día que pasaba conocía nuevos aspectos de la vida policial y su entorno.

Un día, y como era su habitualidad cotidiana, sale de su hogar con su uniforme bien planchado, sus zapatos impecablemente lustrados y espera en la esquina de siempre, el paso del bus San Bernardo-Santiago, que lo trasladaría hasta el corazón de la capital. Luego debería abordar otro microbús en dirección al Barrio Alto, el otro Chile, según el decir de la gente de la población, para llegar al lugar donde se ubicaba la Comisaría donde ejercía su labor policial.

Los minutos que pasaban y pasaban y el bus que no se asomaba, estaba intranquilizando a Jesús, el carabinero. Estaba casi anocheciendo y temía ya estar retrasado para llegar a la comisaría a las 18.00 horas, para cumplir el Tercer Turno.

Impaciente por la tardanza de la movilización colectiva y extrañado veía pasar toda clase de vehículos, camiones, camionetas, etc. repletas de gente con carteles y gritando consignas en contra del gobierno en dirección hacia Santiago. Esto no era nada fuera de lo común, pues era casi normal las ocurrencias de manifestaciones públicas y

concentraciones políticas que se realizaban en el centro de Santiago y también en sus alrededores.

Al parecer algo anormal sucedía, ya que durante todo el rato que Jesús esperaba locomoción, no había visto ningún microbús y seguía esperando bastante preocupado por el gran atraso que tendría que justificar al Teniente de Guardia.

Pero afortunada y sorpresivamente un taxista, detuvo su vehículo frente a él y asomando la cabeza le gritó al policía uniformado de franco:

-“¡Mi cabo!...¿¡Qué está haciendo ahí!?!...¡Súbase, yo lo llevo!...¡Apúrese!”

Jesús tuvo mucha suerte, porque justo en el momento que ponía su primer pié sobre el taxi, una camioneta repleta de trabajadores con sus palas en alto, al ver a un hombre vestido con el uniforme verde le lanzaron como lluvia una andanada de insultos de todos los calibres.

El conductor del vehículo una vez calmado y alejado el temor de ser atacado por los furiosos manifestantes para agredir el hombre de verde que estaba subiendo como pasajero, diestramente conducía su herramienta de trabajo en dirección al centro de Santiago, mientras le explicaba al carabinero lo que estaba sucediendo:

-“ ¡Mi cabo... De la que se salvó...En Santiago está la cagá... La gente está destruyendo todo lo que encuentra a su paso...Los carabineros ya se retiraron de la calle...Todos están encerrados en sus Comisarías... No se la pudieron con tanta gente...Ahora está el Ejército tratando de disolver a los pobladores... Están disparando como locos....¡Y usted parado ahí como un angelito!. Deme las gracias, porque si no es por mí esta es la hora que estaría en pelotas!...¿De qué Comisaría es usted?”. Terminó preguntándole el acalorado y humanitario chofer de taxi:

-“ Soy de la Comisaría del Barrio Alto, de Providencia... Estoy de entrante de Tercer Turno... Llevo más de una hora y media de atraso... Me van a castigar... Es seguro...”.

_ “ Hágase rulito, mi cabo. En todo ese sector no se puede pasar... Le repito... En Santiago está la mansa cagá... Quizás cuántos muertos y heridos habrá... Los milicos andan en carros blindados y todos en traje de combate, con cascos, con ametralladoras y fusiles... No sé cómo usted no se ha informado por la radio...”

-“ Lo que pasa es que estoy saliente de cuarto turno, el turno de noche, y dormí todo el día... Acabo de levantarme... No tenía idea de esta situación...”

-“Lamentablemente no puedo llevarlo hasta su Comisaría y creo que nadie tampoco podría, porque, como le digo los milicos tienen acordonado y cortado el tráfico... Es muy peligroso, porque al que no obedece la voz de alto le disparan a matar... Hay cualquier cantidad de muertos tirados en las calles... Yo por mi parte, no quiero desafiar a mi destino... Creo que lo mejor que podría sucederle es que intentemos llegar a la Cuarta Comisaría... La que está en la calle Copiapó, y ahí usted podría ya

manejarse y explicar su situación, para que no lo castiguen por el atraso... Ya luego, en un rato más va entrar la vigencia del Estado de Sitio, y ahí sí que el hueveo se pone peliagudo...”.

Después de darle un fuerte apretón de manos y palabras de agradecimientos al bondadoso y desinteresado chofer de taxi, Jesús ingresa al cuartel policial de la Cuarta Comisaría de Carabineros, distante ésta casi medio Santiago de la Comisaría donde el pertenecía y debía presentarse para cumplir el Tercer Turno.

Jesús asombrado miraba como ese antes tranquilo Cuartel Policial estaba repleto de policías con casco, armados de fusiles y parapetados en trincheras hechas con fardos de pasto. Miró hacia el techo y divisó los cascos de los policías agazapados con su arma lista para disparar.

Solamente en poco más de veinte horas, Santiago estaba convertido en un campo de batalla entre los siempre desarmados hombres de trabajo y los bien armados y equipados soldados de la Patria.

Al ver ingresar a un carabinero de franco, un oficial equipado para la guerra, después de cerciorarse y comprobar identidad, le ordena equiparse y aprestarse para salir a la calle a combatir a los subversivos antipatriotas que estaban alterando la tranquilidad de la nación.

Jesús, con casco, fusil y cien tiros, era ahora un miembro más de una escuadra que al mando de un fornido teniente, estaba saliendo a la calle a enfrentarse con los santiaguinos sublevados. En hilera india, agazapados y pegados a la pared, la patrulla seguía al Teniente, que como un valiente soldado avanzaba sigilosamente tras de algún ciudadano opositor al gobierno del General Carlos Ibáñez. Del Campo, Presidente de Chile.

Parte de la ciudad estaba a oscuras y desde todos lados se escuchaban los disparos de fusiles y los típicos traqueteos de alguna ametralladora. El ejército patrullaba las calles del centro y todos los barrios de la capital, todo casi desierto por el estado de sitio y si se sorprendía a alguna persona transitando se le conminaba a detenerse y si ésta no obedecía la orden de disparar a matar era cumplida.

Después de avanzar a veces trotando, a veces en punta y codo, otras utilizando tácticas de protección de combate y soportando los impactos de disparos procedentes de los edificios circundantes, la escuadra policial se encontraba en el corazón de Santiago en busca de algún trasgresor de la ley.

De pronto el Oficial, ya transfigurado su semblante probablemente convencido que era un comando de película, toma sus binoculares infrarrojos y otea la larga oscuridad de las calles en busca de enemigos. La ansiedad del oficial por encontrar pronto aunque fuera un solo enemigo, lo impulsó a gritar ordenando exageradamente a su tropa:

-“ ¡Atención!...¡Objetivo a la vista!...¡Tu, tú y tú... A la izquierda!...¡Tú, tú y tú ... A la derecha!...¡Tú y tú a la retaguardia... Y el resto... ¡ Síganme!...¡Prepararse para el ataque”.

Avanzando pegados a las murallas lentamente se van acercando al blanco, usando todas las tácticas de aprovechamiento del terreno. El Teniente, jefe de los policías convertidos ahora en comandos, de pronto emite en dirección al enemigo, ya casi atrapado, su vozarrón intimatorio:

-“¡ A vo, hueón!...¡Alto!...¡Date vuelta con los brazos en alto!...¡Ahora o disparo!..”.

La sombra del hombre se detuvo, dio media vuelta y levantó sus brazos, dejando caer al suelo un pequeño paquete que llevaba en sus manos, causando esto un gran sonido al chocar con el pavimento de la calle. El oficial se lanzó al suelo para cubrirse de la posible explosión y lo mismo hicieron los miembros de su escuadra. Pero nada pasó.

El Oficial no quiso disparar, porque en su fuero interno deseaba apresar vivo al enemigo y obtener valiosa información. Avanzando cautelosamente la patrulla hacia el hombre logran rodearlo y con sus armas listas y apuntándolo para defenderse de un posible ataque sorpresivo.

El objetivo enemigo al ver la figura armada del oficial que como un lobo estudiaba cada paso que daba en dirección hacia él, su temor fue creciendo hasta no poder contener los fuertes movimientos de su cuerpo, lo que lo tenía sumido en una desesperación incontrolable. El temblor y los tiritones le daban un aspecto tan lamentable al pobre hombre, que al verlo el oficial sintió una gran desilusión y rabia.

Miró hacia el suelo, al lugar donde había caído el paquete sospechoso, y solamente vio unas pancutras que se habían ya pegado al pavimento, una ensalada de cebollas desparramada y las ollitas donde llevaba su humilde colación el anciano que se dirigía a cumplir su labor de sereno nocturno en una fábrica cercana.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ.

E-MAIL: www.hugoeduardodiaz.cl

